

Hado de una quimera

Carlos Gustavo Barragán-Hidalgo

No hay esperanza sin miedo,
ni miedo sin esperanza
Spinoza

“ Debió ser una tarde de tonos grisáceos sobre los techos de la Ciudad luz, en lo alto de la antigua catedral de Notre-Dame; la misma de un deforme y noble héroe medieval enamorado de una gitana, balanceándose sobre la campana Emmanuelle de la torre sur”.

Así comenzaba a escribir mentalmente esta historia, sin saber lo que de ello resultaría, al tiempo que conversaba distraídamente con una pareja australiana en la fila que se forma diariamente en un extremo de la catedral. Después de esperar dos vueltas de la manecilla más corta, finalmente llegó nuestro turno para internarnos en aquel templo; entonces seguí a mi paso, separándome de tan amables personas, cuyo acento me hacía vacilar en mi mal inglés. Mientras subía el caracol de las estrechas escaleras de piedra miraba palmo a palmo las paredes intentando dar con *la* inscripción, ignorando lo que el mismo Víctor Hugo escribió:

El hombre que ha escrito esta palabra en el muro se ha borrado
hace varios siglos de las generaciones;
la palabra, a su vez,
se ha borrado del muro de la iglesia,
la iglesia misma, quizás se borrará pronto de la tierra.

“Pero es absurdo buscar lo que no existe”, entonces me olvidé de ello y continué con el recorrido de uno de los edificios más antiguos del mundo parisino. Ya en las alturas me concentré particularmente en esta figura que, impasible y como si desde un tiempo inmemorable se tratase, contempla en dirección del oeste la torre de Gustav Eiffel y la cúpula dorada del Hôtel des Invalides, lugar donde yace la tumba de un emperador exiliado. Silenciosa, presencia e ignora el murmullo de viajeros

errantes, hombres y mujeres mortales. Su condena es estar *ahí*, mirar sin un solo parpadeo la infinita París de locos y artistas, testigo de guerras dolientes y promesas incendiarias de amantes fugaces. Palabras como las que se proferían, *ahora mismo*, la pareja de Adelaide a la que había dado alcance de nuevo. Al verme otra vez, entre fórmulas de cortesía me pidieron les tomara una fotografía con ‘la estatua’ del borde.

Realmente fue aquí donde presté particular atención a la quimera que intentaba describir. Al tiempo que es vaciada de sentido en una fotografía digital, su infortunio es sobrevivir en silencio a la dulce muerte de sus visitantes. Disolución que se le niega a ella, que se postra en un borde, adormecida en la piedra gris del frontispicio de la catedral. “Entre gárgolas y reyes (aquella pareja se había alejado), espera el desgaste del tiempo, el deseable descuido de un mal curador, para colapsarse un día cualquiera con todo su ser sobre la explanada del inmortal Wojtyla”. Inmortalidad según las huestes religiosas de este último.

Amable lector, ¡tú que puedes hablar!, ¡animal enfermo de lenguaje!, ¿te ha acechado alguna vez el terrible pensamiento de la inmortalidad? ¿Has temblado, mientras creías dormir, por esa condición que olvidas porque dices vivir esperando el futuro como quien espera su oportunidad y, al no llegar, sueña con existir sempiternamente en el mañana? Mas observa esta piedra inerte y profiere si después de apilados siglos de silencio sería acaso extraño desear reconciliarse con el mundo frente al vitral de la rosa, en donde el Juicio final, tallado en el arco principal del edificio, sentencia la coda de los días.

Disolutos, finalmente los sueños esperan la fortuna del olvido y el descanso de los que saben que todas las cosas bellas tienen que morir algún día. Entonces vacilé, por qué no extinguirse durante una tarde con el sol clavado en el horizonte. Una tarde de azules violentos en el cielo que ningún mortal haya testimoniado antes, como alguna vez lo hizo aquel poeta nacido *un día que Dios estuvo enfermo* y que, en efecto, terminó sus días bajo su propio vaticinio:

me moriré en París con aguacero,
 un día del cual tengo ya el recuerdo.

Un frío helado me despertó de esta ensoñación mientras, a lo lejos, la pareja australiana se alejaba entre risas, unida de la mano. Fue entonces que la quimera me sopló al oído, aunque francamente esto último debí imaginármelo: “Tú que padeces la angustia en el pecho, no temas viajero. A veces cualquier detalle, cualquier palabra no encontrada, mueve a los enfermos de vida a hablar del destino, de su porvenir próximo, olvido o muerte, fatalidades diminutas, pero sólo porque en su pequeñez todavía son algo”.

Así hablaba una quimera que filosofa: “Si pensando en la vida te encuentras con el tiempo, no te resta más que el manso terror de la vertiginosa caída desde este sueño llamado vida; los 5, 6, 7... breves tic-tac del gran reloj o los que sean necesarios antes de impactar con la nada. Sabiendo esto, *une vraie fatalité*

es vivir los días con el horror de quien sabe lo que se es y ocultarse del mundo. *¡Voi-
là la tragédie de Quasimodo!*"

Entonces, una vez que pronunció *la* palabra, cerró la boca.



Gárgola. Foto: Carlos Gustavo Barragán-Hidalgo.

CARLOS BARRAGÁN HIDALGO. Licenciado en Filosofía por la Universidad Autónoma del Estado de México. Estudiante de la Maestría en Ciencias Sociales, Filosofía: Cultura y Salud en la Université Jean Moulin Lyon 3, Francia.

Correo-e: hombre_asche@hotmail.com